

Francisco Ayala

La vida nos devuelve a los maestros cuando se piensa el presente

ESCUCHAR EL ARTÍCULO | 2 min. i



Francisco Ayala, retratado en su casa en Madrid en 2019.

RICARDO GUTIÉRREZ

LUIS GARCÍA MONTERO

20 JUL 2026 - 05:30 CEST

    9 

Añadir EL PAÍS en Google

La compañía de un maestro supone siempre una invitación a la memoria cuando se piensa el presente. El joven Francisco Ayala viajó a Berlín en 1929 en busca de la modernidad y del prestigio que la cultura germánica había adquirido en su formación. [Nada más llegar escribió a Ortega y](#)

[Gasset para celebrar sus primeras impresiones.](#) Pero tardó poco en cambiar de opinión. En un artículo publicado en la revista *Política* advirtió del peligro de una modernidad manipulada por dinámicas de comunicación populista que estaban llevando a la juventud, antiguo motor de las vanguardias, hacia una ideología totalitaria. Un ejército de adolescentes legitimaba el protagonismo verboso de Hitler. [El escritor que buscaba las contradicciones del ser humano](#) en su narrativa vivió aquella historia y aprendió una lección que iba a definir todos sus ensayos: ser valiente a la hora de asumir las polémicas necesarias y ser precavido para no creerse en posesión de una verdad absoluta.

Ayala estudió después las ventajas y los peligros de la transformación tecnológica que globalizaba el mundo y la soledad de una cultura democrática asediada por la corrupción totalitaria de la Unión Soviética y por la falsificación avariciosa del capitalismo liberal norteamericano. La vida nos devuelve a los maestros. Recuerdo ahora [un artículo suyo en EL PAÍS, publicado el 2 de abril de 1981: *Libertad, ¿para qué?*](#) Pidió prestado ese título a Lenin, una famosa pregunta que el dirigente soviético había hecho a Fernando de los Ríos. Al analizar el golpe de Estado de Tejero, no bastaba con denunciar el autoritarismo de las dictaduras. Había que tomarse en serio las falsificaciones de la democracia y la responsabilidad ética a la hora de cultivar la convivencia y el respeto, evitando ruidos que sólo servían para ocultar indecencias. El libre albedrío es un regalo de peso casi insoportable, pues comporta muchas responsabilidades.